

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA,

consagrado á la

VIRGEN MARÍA, MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.

Núm. 648

Alicante 5 de Mayo de 1883.

Año XIV.

CONCLUYAMOS.

Así titula el órgano de la Constante Alona el artículo con que pretende replicar á lo que nosotros le dijimos últimamente.

El papel periódico mason parece como que gusta de hombrearse con el SEMANARIO CATÓLICO; aunque muy *portuguesamente* manifiesta dispensarnos un favor dignándose discutir con nosotros. ¡Si habremos de darle también las gracias!

Después de llamar *estemporáneos* nuestros argumentos, ruéganos *La Humanidad* que «contestemos con razonamientos á los razonamientos por ella empleados.»

Nego suppositum diría aquí cualquier dialéctico. ¿Cuáles son hermana. los razonamientos de Vd? ¿O es que Vd. considera como tales el suponer un profesor liberal que *hace* historia, y luego afirmar, *porque sí*, que lo dicho en hipótesis por el su-

puesto profesor está ajustado á la verdad histórica? Vaya h. ., esos razonamientos podrán servir para los hh. .; nosotros á fuer de *neos* tenemos las tragaderas bastante más estrechas.

Y en cuanto á aquello de «*estemporáneos*,» no nos sorprende; lo raro sería que encontrara concluyentes nuestros argumentos, quien considera *oportuno* traer á colación el nombre de Felipe II para refutar un argumento deducido de datos estadísticos de actualidad; y nada decimos del gran descubrimiento hecho por el h. . Tántalo de que los habitantes de los Países Bajos rehusaron aceptar de manos de aquel gran Monarca la Religión Católica:» el anacronismo es no más que de *nueve siglos*: ¿No le parece al h. . Tántalo, que esto sí que es verdaderamente *estemporáneo*?

Continúa *La Humanidad*:

«Entre la enseñanza *laica* y la

»enseñanza *atea*, existe. aunque le
»disguste al SEMANARIO, toda la dife-
»rencia que el Diccionario de la Len-
»gua Castellana establece entre las
»palabras *ateo* y *láico*.»

Pues oiga h. . ., nosotros no tene-
mos por qué disgustarnos de esa su-
puesta diferencia; lo que no hemos
de consentir es que Vds. los del
triángulo y mandil traten de velar
hipócritamente ideas perversas con
palabras más ó menos artificiosas.

Lo que Vds. llaman enseñanza
láica, escuela *láica*, no es otra cosa,
que la negacion de toda idea religio-
sa en la enseñanza, es el destierro
de Dios de las escuelas; y la ense-
ñanza que no tiene para nada en
cuenta la religion, y en la que no
suena para nada el nombre Santo de
Dios, es una enseñanza *atea*. Lo que
quieren Vds. los masones es formar
generaciones ateas y para esto y no
para otra cosa proclaman la ense-
ñanza *láica*; solo que los padres de
familia tienen buen sentido, y á pe-
sar de los hh. . ., en Bélgica como en
Francia y en todas partes seguirán
llevando sus hijos á las escuelas
donde estos puedan recibir la ense-
ñanza religiosa y cristiana.

El periódico mason dice que insis-
te en aquello de que la educacion
moral y religiosa pertenece al Jefe
de cada familia *segun el espíritu del*
artículo 11 de la Constitucion. Está
bien, cada cual puede insistir en to-
dos los desatinos concebidos y con-

cebibles; lo que nosotros negamos
es que las insistencias ó terquedades
sean razonamientos. Lo bueno es
que siete líneas más abajo se contra-
dice y admite el derecho de educar
á los hijos *inherente* á la patria po-
testad, la que, afirma el periódico
mason, sería violada por el Estado
que prescribiese la enseñanza obli-
gatoria de la religion oficial. ¿En
qué quedamos, h. . . Tántalo? El de-
recho de educar á los hijos es inhe-
rente á la patria potestad, ó por lo
contrario, les viene á los padres de
haber sido consignado en la Consti-
tucion? Vd. dirá.

De lo demás referente á este pun-
to, renunciamos á hacernos cargo,
porque vemos que el h. . . anticulista
anda con paso inseguro por esos
terrenos, y no queremos «*quitarle el*
sueño.» Alguna vez nos habia de to-
car á nosotros *volver bien por mal*;
que no han de ser solos los hh. . . los
que se jacten de hacer esto; lo cual
no quiere decir que lo hagan.

El órgano de la Constante Alona
continúa diciendo que «el paralelo
que hizo entre un supuesto profe-
sor ultramontano, y otro liberal ha
escitado los nervios del SEMANARIO,
y despues de recetarnos un poco de
tila (si será médico el h. . . Tántalo?)
nos pregunta: «¿es eso contestar, á
quien se toma el trabajo de discutir
formalmente con Vd?»—Dispense el
h. . ., no habíamos caído en que dis-
cutía *formalmente*, porque como nos-

otros creíamos que en una discusión formal no se usan las *graves* razones de llamar *neo é ignorante* al adversario, y como Vd., h. . ., no ha usado otras, que nosotros sepamos, á no ser aquella de que «escribimos para chinos;» á aquella otra de traer el nombre de Felipe II para contradecir datos numéricos á distancia de tres siglos, y cometiendo de paso un anacronismo de nueve; por todas estas razones creíamos que no discutía Vd. formalmente. Pero ahora ya sabemos, que la formalidad de los hh. . . en la discusión consiste en denostar al contrario, contestar con despropósitos á sus argumentos, *hacer* historia en hipótesis, y dar luego lo dicho como muy ajustado á la verdad. Las pruebas ¡oh! las pruebas..... hélas aquí:

«¿Sabe V. por casualidad nos pregunta el papel mason, si anda por el mundo un tal *Don Modesto Lafuente*, otro tal *D. Antonio Ferrer del Rio*, otro tal *D. Juan Valera*, otro tal *Conde*, otro tal *Dozy* y otro tal *Sherer*? ¿Sabe Vd. por casualidad lo que estos y otros muchos han escrito sobre la historia de España?»

Pues mire, h. . ., pudo Vd. haber noslo dicho; y si no lo sabíamos antes, lo hubiésemos aprendido ahora, y si lo habíamos olvidado nos hubiese hecho un favor recordándonoslo; porque así, citando no más que nombres de autores, puede usted dar lugar á que algun malicioso le aplique aquello de Iriarte:

El bendito Señor repasó tanto
Sus tomos postizos,
Que aprendiendo los rótulos de mu-
Se creyó erudito. (chos

Además de que si Vd. continúa dando por todo razonamiento *listas de nombres*, no va á conseguir «quitaros el sueño» como parece que desea.

Y sigue diciendo *La Humanidad*:
«Estudie y aprenda el SEMANARIO.
»y medite un poco antes de conseguir *enormidades* como la de que los historiadores dicen que los musulmanes de España debieron al contacto y roce *de* (nosotros dijimos *con*) los españoles.... el haber adelantado en cultura.»

¿Con que esto le parece enormidad al h. . . Tántalo? Si nosotros estuviéramos á la altura, vamos al decir, del siglo en que vivimos, tal vez podríamos contestar insertando también una lista más ó ménos larga de nombres de autores y de títulos de libros, como ha hecho nuestro eruditísimo adversario polemista de triángulo y mandil; pero pobres ignorantes como somos, á fuer de neos y «*sóbríos en el saber*», solo podemos responder como lo hacen los que, no habiendo alcanzado aquella altura, tienen todavía el mal gusto de discurrir y argumentar á la antigua usanza, es decir, en *neo*.

Lea, pues, el sapientísimo y eruditísimo h. . . Tántalo:

«Aunque llegó á tan alto grado la aplicación de los árabes á los estu-

»dios, no por esto merecen la gloria
»que les dan algunos, con expresio-
»nes sobrado generales, llamándolos
»maestros de nuestra Nacion en to-
»do género de cultura literaria;
»pues ellos se formaron dentro de
»España, y cuando ya no eran ára-
»bes, sino enteramente españoles,
»no solo por su propio nacimiento,
»sino tambien por el de sus padres
»y bisabuelos; y nuestra Península
»al contrario, cuando ellos la con-
»quistaron (segun queda evidencia-
»do en la historia de la España go-
»da) no sólo era la porcion más cul-
»ta de toda Europa, sino la única
»provincia que conservaba todavía
»la cultura romana; la única que
»sabía tres lenguas doctas, hebrea,
»griega y latina; la única que podía
»gloriarse de hombres verdadera-
»mente sabios; la única que tenía
»seminarios, academias y bibliote-
»cas... Aun con las bárbaras y san-
»grientas irrupciones de los maho-
»metanos, no se cerraron del todo
»nuestras escuelas y colegios, no se
»desampararon los estudios, no se
»abandonó el cuidado de recoger li-
»bros y formar bibliotecas, no se dió
»lugar á la supersticion y barbarie
»de los demás europeos, no tuvimos
»reyes necios ni tiranos, no obedeci-
»mos á legislaciones sin orden ó sin
»razon, no perdió la Nacion el con-
»cepto de su antigua sabiduria. No
»sabian los italianos medir un verso,
»ni hablar bien la lengua de sus pa-
»dres, cuando resonaban las prosas
»y las poesias de nuestros Eulogios
»y Alvaros. Mil supersticiones y he-
»chizos tenía encantada la Francia,
»cuando dispuso nuestro Rey Don
»Ramiro que la habilidad de los ma-
»gos y encantadores tuviese por

»premio las llamas de una hoguera.
»Tinieblas densísimas de ignorancia
»tenían cubierto todo el continente
»de Europa cuando nuestras cate-
»drales y monasterios renovaban los
»archivos y librerías quemadas por
»los moros; nuestros obispos y aba-
»des mantenían seminarios de ins-
»trucccion para clérigos y niños;
»nuestros eclesiásticos y doctores
»ejercitaban la pluma en tratados
»científicos y eruditos; nuestros
»soberanos daban leyes prudentísi-
»mas y procuraban gloriosamente
»no solo la enseñanza de los pueblos
»pero aún la de sus propios hijos.»
Masdeu *Hist. Crit. de España*, tomo
XIII, pág. 173-174.

¡Qué *enormidad*, estamos oyendo
esclamar al h.:. Tántalo! Sí h.:., es-
tos neos son muy *enormes*, y no se
puede discutir con ellos: siempre
tiran á dar y dan.

La Humanidad trae despues un
párrafo del género pantorrillesco; y
continúa:

«Somos incorregibles; se nos va
la pluma y tomamos en *serio* al SE-
MANARIO.» (Ola, conque Vd. no quie-
re tratar en serio con nosotros, y
cuando lo hace es porque *se le vá
la pluma!* ¿Pues y aquello de discu-
tir *formalmente*, que dijo Vd. antes?)

Y sigue el periódico mason: «Aca-
bemos.—Y para hacerlo, rogamos
al *seráfico y beato* (pregunta: ¿ésto
lo autoriza tambien la *formalidad?*)
periódico, nos diga sin escurrir el
bulto, sin tergiversar cuestiones.»

Y aquí ensarta las siguientes pre-
guntas:

«¿Es, ó no es cierto que la ciencia es una cosa, y otra muy distinta la Religion?»—Sí h. . .

«Es, ó no es cierto, que á pesar de esto, las ideas políticas, como las religiosas de un catedrático, influyen notabilísimamente en la interpretación de determinadas asignaturas?»—Sí, h. . .

«Es por lo tanto injusto que la opinión liberal se rebele contra el catedrático neo?»—Sí, h. . .»—¿y que los partidarios del ultramontanismo se rebelen en justa correspondencia contra el catedrático liberal?»—No, hermano. . .

«Es, ó no cierto que en más de una ocasión se proveyeron cátedras en quien no supo alcanzarlas en lugar preferente?»

Sí, herm. . ., es cierto que en cinco ocasiones el Conde de Toreno eligió, dentro de sus atribuciones, los segundos lugares de la propuesta para proveer en ellos las cátedras. ¿Y qué se sigue de esto?»—En cambio hubo un tiempo en que bastaba haber sido discípulo de Salmeron y de Sans del Rio para tener asegurada plaza de catedrático.

Y en cuanto á lo demás que dice en el último párrafo el formal y grave h. . . Tántalo, no queremos contestar, porque... no merece contestación.

Si no se le ofrece, h. . . *Humanidad*, otra cosa, espresiones á los moritos y agur; pero no, *adios*, aunque á Vd. le suene mal.

LA INTERNACIONAL.

I.

Los Gremios.

Cincuenta años hace, era cosa de ver la procesion del Córpus en algunas poblaciones de nuestra católica y piadosa España.—Precedían al clero multitud de artesanos decente y sencillamente vestidos, formando grupos que llevaban cada cual su respectivo estandarte ó bandera, ó una sagrada imágen colocada en andas.

¿Qué significaban aquellos grupos?»—Eran la representación de los gremios.—Los hijos del pueblo que se dedicaban á oficios mecánicos, los artistas, los comerciantes en varios artículos, y hasta los que ejercían profesiones científicas formaban corporaciones especiales. Los menestrales de cada arte ú oficio tenían su asociación aparte que se llamaba gremio. Esta palabra *gremio* era expresiva del catolicismo de nuestros industriales, pues que todos esos gremios particulares pertenecían al general de Nuestra Santa Madre la Iglesia. Cada uno de ellos tenía su Santo protector á quien daba culto especial, celebrándole funciones religiosas.

El Cardenal Sforza Pallavicino, en su libro titulado «Arte de la perfección cristiana» (1) dice: «Toda

(1) Lib 3, cap. 7.

honestas profesiones pueden ser tan perfectamente ejercidas por los cristianos, que lleguen hasta la virtud heroica, la cual una vez manifestada por Dios con seguras pruebas á la Iglesia, recibe incienso y altares; lo que no sucedía entre los orgullosos y ciegos gentiles. Y omitiendo la fácil prueba en aquellos modos de vivir que están inmediata y especialmente dedicados al culto divino, tienen los artesanos para venerar é imitar á un Homobono: los labradores á un Isidro: los médicos á un Pantaleon: los abogados á un Ibo: las casadas á una Francisca: las madres de familia á una Mónica: los reyes á un Luis: las reinas á una Isabel: los caballeros á un Eleázaro: los militares á un Mauricio y compañeros de la legión Tebea: los gobernadores de provincia á un Ambrosio: los maestros de niños á un Casiano: los cortesanos á Juan y Pablo, por no decir de otros muchos en cada una de estas y otras varias profesiones, todas laicales y todas dedicadas á cosas y tareas de la tierra. Y convenía que así fuese; porque habiendo Dios dispuesto la humana comunidad de tal manera que tuviese necesidad de todas esas clases de operarios; y habiendo al mismo tiempo elevado á la especie humana á la santidad y á la felicidad celestial como á su único fin; es muy justo que ninguno de estos oficios que Dios ha querido en el mundo, encuentre im-

posibilidad de llegar con obras perfectas á aquel comun y bienaventurado fin en grado excelente.»

La organización de estos gremios era admirable. Existía entre los asociados una especie de gerarquía compuesta de maestros, oficiales y aprendices. Tenían así mismo sus constituciones ó leyes especiales, y su gobierno particular á cargo de los llamados cónsules ó prohombres del gremio.

Cuando un jovencito se decidía por dedicarse á algun oficio, sus padres le buscaban un maestro, que bajo ciertas condiciones convencionales, se obligase á enseñarle. Al mismo tiempo solicitaban fuese admitido en el gremio y lo era, si los informes que se tomaban acerca de las cualidades del aspirante y antecedentes y circunstancias de sus padres y familia resultaban favorables.

Terminados los años del aprendizaje ascendía el artesano á oficial; y despues, prévio exámen, á maestro, licenciándolo el gremio para abrir establecimiento por cuenta propia.—En las épocas de falta de trabajo, y en las calamidades públicas y privadas, el gremio proporcionaba socorros á sus individuos.—Cuando alguno de los oficiales se distinguía por su destreza y habilidad en el trabajo, se le disputaban los maestros, le ofrecían aumentos de salario, le aceleraban la época de convertirse en amo; así como el perezoso, el hol-

gazan y el vicioso no gozaban el menor crédito; y el que cometía delitos infamantes era excluido de la corporacion.

Los gremios asociaban como en una misma familia al amo y al dependiente, al propietario y al proletario, al capitalista y al trabajador, siendo otras tantas corporaciones distintas como oficios habia. La asociacion era santificada por el principio y sentimiento religioso. El derecho del amo era tan sagrado para el jornalero, como lo era el del jornalero para el amo. De este modo eran puestos á salvo los derechos de todos y nadie pensaba en trocar los papeles ni en el reparto de los bienes, aboliendo la propiedad tal como la han trasmitido los siglos de generacion en generacion.

Tales eran los gremios, y no puede negarse que de ellos derivaban inmensos bienes á la sociedad civil. El aroma religioso que en sus reuniones se respiraba, contribuía poderosamente á conservar las buenas costumbres entre los artesanos, y el espíritu de corporacion era un estímulo á los progresos del arte.

¡Qué diferencia entre la condicion de los artesanos en los llamados ominosos tiempos de la servidumbre, y la de los trabajadores de nuestros dias, verdaderos esclavos de la tan decantada moderna libertad!—Entonces el artesano trabajaba en tiendas y talleres bien ventilados en ve-

rano y templados durante el invierno, en donde se respiraba un ambiente dulcísimo de tranquilidad y de paz; el trabajo era amenizado con agradables conversaciones, y la obra de mano no era tan mecánica que dejara de tomar parte en ella el discurso y el ingenio. Hoy en dia las grandes minas son sepulcros de esclavos medio embrutecidos, las grandes fábricas de tejidos é hilados para nada ocupan el génio del trabajador antes bien, lo anulan haciendo ejecutar á las máquinas la parte más noble de la labor, que correspondería al talento empleando la mano del hombre para la más servil y enojosa; y los grandes talleres mecánicos gastan en pocos años las fuerzas musculares del obrero y al mismo tiempo que entorpecen la actividad de su inteligencia.—Y téngase en cuenta que no somos enemigos de los progresos de la maquinaria y de las artes. Solo comparamos lo pasado con lo presente, para que se vea cuán distinta era la condicion del artesano bajo la influencia religiosa en sus antiguas asociaciones, y la del trabajador de nuestros dias convertido en instrumento de puro lucro por los que prescinden por completo de todo sentimiento cristiano.

El Ilmo. Sr. Mermillod, Obispo de Hebron y auxiliar de Ginebra, en un discurso que pronunció hace diez años en Santa Clotilde de París, refiriéndose á los antiguos gremios de-

cia con mucha verdad: «En otros tiempos el obrero no se hallaba aislado; tenia sus corporaciones, donde encontraba vida, honra y alegría. ¡Ah! yo no soy ningun retrógado, hermanos míos; dejadme empero resucitar, digámoslo así, ese tiempo pasado. Dejadme evocar un recuerdo antiguo, una aparición de los anteriores siglos... Es el día de San José. La corporacion de carpinteros celebra la fiesta de su patrono. Mirad á esos obreros que entran en la iglesia con hermosos y pulcros vestidos; son admitidos en ella como si fueran unos reyes; se les recibe con el mayor amor y creo oírles, les oigo cantar en ella el hermoso cántico de la fraternidad: «Creo en Dios Padre; creo en Jesucristo nuestro Salvador y espero la vida eterna.» ¡Qué consolados se hallan, cuán gozosos están, cómo viven!

El obrero no estaba aislado. No tenia solamente la corporacion, tenia tambien la familia. Porque la familia no era entonces una asociacion de placer, sino un Sacramento, al que se preparaba largamente por el recogimiento, el retiro y la oracion. Además tenia el obrero el domingo. En este día iba alegre á la iglesia con su mujer y sus hijos; ocupaban con gravedad su puesto y cantaban á una sola voz estas consoladoras palabras: *Suscitat á terra inopem et de stercore irigit pauperem.... Ut collocet eum cum principibus populi*

sui. (Levanta del polvo de la tierra al desvalido, y alza del estercolero al pobre para colocarle entre los príncipes de su pueblo!) Y salian de allí enteramente iluminados.

Pues bien; hoy día, en 1872 ¿qué nos resta de estos respetos y de esas alegrías? Salgamos de este recinto... es domingo... ¡Ay! por todas partes diviso el humo de la fábrica y el polvo servil de la industria. Nada de libertad, nada de alegría. Id, id, mañana por la noche á las puertas de vuestra populosa ciudad y presenciareis el más vil espectáculo. Oíreis cantar al obrero; empero el canto que sale las más de las veces de su voz avinada, no es el hermoso canto de la fraternidad en Dios, no, no es sino ese canto brutal que ha sido oído en Europa, ese canto amenazador y rabioso: «La sangre impura riegue nuestro suelo.»

Y basta ya de los gremios de artes y oficios en cuya desaparicion parcial ó completa no es, entre las naciones europeas, la que ménos ha perdido nuestra amadísima España. Vino la revolucion y la guerra de los siete años que nos trajeron otra clase de libertades que no habian felizmente conocido nuestros abuelos. Ya no se necesita pasar por los grados de la gerarquía del gremio ni permiso del mismo previo examen de aptitud para abrir por cuenta propia comercios, tiendas y talleres; ya no existe dependencia alguna de

los maestros, ancianos, cónsules, prohombres ú otros que constituían el gobierno de las corporaciones industriales; el individualismo ha triunfado de las trabas que le imponían las vetustas asociaciones; el hombre, en virtud de su autonomía, con solo tener voluntad y dinero, puede abrir toda clase de establecimientos sin necesidad de aprendizaje y saber. ¿Cuáles son las consecuencias?

LA DEVOCION Á LA VIRGEN.

RELATO HISTÓRICO.

Para los que tuvimos la dicha de asistir á la reciente peregrinacion á los Santos Lugares, fué la noche del 4 de Octubre último, una de las más bellas que disfrutamos durante nuestro viaje por mar. Los 105 peregrinos que formábamos parte de la devota expedicion nos hallábamos reunidos en el salon de cubierta del vapor *Santiago*; unos sentados en los bancos, y otros sobre mantas tendidas en el pavimento. La atmósfera estaba en plena calma, el cielo sin nubes, y tachonado de estrellas, y la blanca luna cubria con su velo de plata la oscura superficie del mar que parecia dormido.

Todos los peregrinos estábamos callados, escuchando con el más religioso silencio la palabra inspirada del P. Antonio Ferrer, de las Misio-

nes de San Vicente de Paul, en Méjico. El Padre Ferrer acompañaba sus sabias reflexiones con ejemplos tan edificantes, que lograba siempre cautivar poderosamente nuestra atencion y conocer nuestros corazones.

Uno de los más bellos ejemplos que citó fué el que voy á contar á mis lectores con el título de *La devocion á la Virgen*, ya que es una prueba de lo que puede la Madre de Dios y lo que podemos alcanzar nosotros dirigiendo á ella nuestras plegarias. El P. Ferrer, que se halla actualmente en esta ciudad, y á quien he tenido el gusto de consultar acerca del hecho, me ha dicho que es rigurosamente histórico, y con los datos que ha tenido la bondad de darme, he escrito la siguiente relacion:

Al Sud de la ciudad de Méjico, cerca de la poblacion de Yantepec, vive desde hace muchos años don Domingo Ortiz, administrador de una casa de campo.

El Sr. Ortiz, persona muy piadosa, ha sido presidente de la Sociedad Católica y siempre ha contribuido con cuantos medios le han sido dables á la propaganda de las sanas doctrinas. Esto sin duda le creó algunos enemigos á pesar de su bondadoso carácter y de sus pacíficas costumbres. Lo cierto es que una tarde, mientras se hallaba sentado en medio de la familia á la puerta

de su casa de campo, se presentaron algunos hombres armados que supone pertenecían á alguna de las partidas que en 1801 (año en que ocurrió el hecho que relatamos) se levantaron contra el desdichado emperador Maximiliano.

—¿Sois vos Domingo Ortiz?—le preguntó el que hacia de jefe.

—Yo soy,—le contestó.—¿En qué puedo servirlos?

—Pues seguidnos,—repuso bruscamente el recién venido.

La esposa se arrojó instintivamente al cuello de su marido como para ampararle, y sus hijos se abrazaron á sus piernas sin apartar sus ojos azorados de aquellos hombres cuyo aspecto les infundía horror.

—Sepa al ménos,—añadió el señor Ortiz,—á dónde quereis llevarme y qué es lo que quereis de mí.

—Solo puedo deciros que no iremos muy léjos y que sereis pasado por las armas. Si amais á vuestra familia y no deseais que sufra vuestra misma suerte, procurad libraros pronto de ella y seguidnos sin replicar, no dirigiéndonos otra pregunta.

La infeliz esposa cayó sin sentido y el Sr. Ortiz aprovechó el momento en que los criados la tomaron en sus brazos para prestarle auxilio y sus hijos la rodeaban llorando, para seguir maquinalmente y sin darse cuenta de lo que sucedía á los des-

conocidos que le maniataron como si se tratase de un facineroso.

Cuando la pobre señora volvió en sí arrancó un grito de desesperacion al ver que su esposo no estaba á su lado y al pensar en el peligro inminente que corría, y los criados tuvieron que hacer grandes esfuerzos para impedir que se lanzara en pos de su marido.

—¡Esposo mio!—gritaba con voz entrecortada por el llanto, —mas por única respuesta escuchaba el lúgubre gemido del viento que mecía las copas de los árboles gigantescos.

—¡Dejadme!—decía haciendo esfuerzos para desasirse de los brazos de los criados que la sujetaban,—dejadme que vaya á morir con mi esposo.

—Señora,—le dijo un anciano,—acordáos que al par de esposa sois madre y que vuestros hijos necesitarán más de vos si llegan á perder á su padre.

Esta reflexion logró desvanecer el propósito que tenía de ir en busca de su esposo, pero aumentó su dolor y sus lamentos se confundieron con los de sus hijos y sus criados.

Casi al mismo instante el Sr. Ortiz llegaba á un campamento de los insurrectos y era presentado al jefe por los que le prendieron.

—¿Sois vos Domingo Ortiz?—le preguntó el jefe.

—Yo soy,—contestó con voz apagada.

—Pues vais á ser fusilado al momento.

—Señor, por...—balbuceó el inglés,—pero no pudo decir más, porque á una señal del jefe le vendaron los ojos y le obligaron á postrarse de rodillas.

El corazón le palpitaba con violencia, los oídos le zumbaban y en su cerebro las ideas más tristes y desgarradoras giraban vertiginosamente como si estuviera preso de la más horrible pesadilla. De pronto oyó de lejos la voz de un hombre que gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Detenéos!

Brilló en su mente un rayo de esperanza, débil en verdad, pero que bastó para devolverle un poco de calma y permitirle hacerse cargo del siguiente diálogo:

—Detente, no des la orden fatal que va á quitar la vida á un inocente,—dijo la voz bienhechora que se habia acercado.—Este hombre es intimo amigo mio, no es reaccionario como suponeis, solo tiene el defecto de ser *mocho* (así llamaban entonces á los católicos en Méjico), pero es incapaz de hacer traicion á nadie. No querais ser instrumentos de una venganza inicua.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—preguntó el jefe.

—Segurísimo; ¿no te he dicho que es un amigo mio?

—Pues entonces me fio de tu pa-

labra. Ea, quitadle la venda y dejadle en paz.

La alegría que experimentó el corazón de Ortiz, la dejamos á la consideracion de nuestros lectores; solo diremos que superó á esta alegría la sorpresa de ver que la persona que le habia salvado le era completamente desconocida; abrazóle, sin embargo, en señal de profundo agradecimiento, y se dirigió á su casa temblándole las piernas y con la cabeza confusa como si estuviera siendo víctima de un sueño pesado.

Cuando su esposa é hijos le vieron, el llanto de dolor se convirtió en lágrimas de alegría, y los ayes y lamentos en exclamaciones de gozo! En medio del contento notó que no habia salido á abrazarle una de sus hijas, una niña de diez años.

—¿En dónde está?—preguntó,—y la madre recordó con sobresalto que desde que su esposo se fué con los desconocidos no habia vuelto á ver á la niña.

—Yo aseguro que no ha salido de la casa,—dijo una criada.

Corrieron todos en su busca y se ofreció pronto á su vista un espectáculo conmovedor. La tierna niña estaba postrada delante de una imagen de la Virgen, que contemplaba con ojos llenos de lágrimas y tenia las manos juntas en actitud de orar.

Su padre corrió á abrazarla, la cubrió de besos y le preguntó des-

pues de una de estas escenas mudas en que solo hablan los corazones.

—¿Qué hacías, hija mia?

—Cuando ví que os llevaban preso vine á postrarme á los piés de la Virgen María para pedirle que os librara de todo peligro.

Era la verdad; mientras los demás se entregaron á la desesperacion derramando inútil llanto, ella habia acudido á la que es Madre de afligidos y su oracion pura y tierna habia llegado hasta el cielo.

Toda la familia se postró entonces ante aquella imágen de la Virgen para darle gracias por el favor que acababa de otorgarles.

El P. Antonio Ferrer me dijo que en 1870 conoció á la niña; que el Sr. Ortiz le contó este relato, que es una prueba de que la Virgen María no desoye nunca las plegarias que le dirigen con pureza de intencion. Acudamos, pues, á la Virgen Inmaculada en todas nuestras aficciones y Ella obtendrá siempre de su Divino Hijo un remedio en todas nuestras necesidades.

J. Nogués y Taulet.

LA VIDA Y LA MUERTE.

Qué es la vida? á un descreido preguntadle, y al momento, os dirá su pensamiento dejando el vuestro cumplido.

—¿Qué es la vida? ¡Estais demente! os dirán; ¿no estais en ella?

sueñas alguna mas bella?... no hay otra que la presente.

¿Qué es la vida? Disfrutar de una constante alegría, pensando solo en qué dia tenemos mas que gozar;

Huir del dolor y el quebranto, sumido siempre en placeres, es gozar bellas mujeres que son de la tierra encanto.

¿Pero y el alma? — ¡Inocente! ¡qué ideas mas atrasadas!.... hoy son mas adelantadas hoy no tiene alma la gente!

El alma!... bueno se está! que crean en ella los curas; mas los que no andan á oscuras saben que eso acabó ya.

Dejad, dejad las patrañas en que otros siglos creyeron, pues hoy ya desaparecieron para ser por siempre estrañas.

Procurad no recaer de vuestro sino en desgracia, pues mientras tengais su gracia muy felices podreis ser.

—¿Qué ya no hay muerte?— Sí tal es nuestro único enemigo... pero olvidad ahora amigo ese irremediable mal.

Que luego cuando acabeis en paz vuestra alegre vida, entonces la despedida á los placeres dareis.

—Pero despues de acabada la existencia, á dónde vamos? — Dónde?... pues buenos estamos! á nuestro fin..... á la nada.

—Y el cielo?—El cielo no existe.
—Y el Infierno?—Una ilusion...
—Oh! callad tanta invencion,
oirlo solo se resiste.

Conque no hay infierno y cielo
conque despues de acabada
la vida, vuelta á la nada.....
¡qué hermoso y dulce consuelo!

Aqui, pues, no puede haber
siempre dicha, acerbo duelo,
y despues para consuelo
un sempiterno no ser.

Oh! callad que la razon.
no comprende tal quimera,
¡pobre mortal sino fuera
por la Santa Religion!

Ella enseña que el sufrir
patrimonio es de la vida,
que aquí no hay dicha cumplida,
que no huye todo al morir.

Que hay alma y es inmortal,
que hay otra vida y hay cielo,
donde un eterno consuelo
tendrá el dichoso mortal.

Ah! no por Dios, no seguir
tal doctrina y parecer:
la una, la vida es placer;
la otra, la dicha es morir.

La primera, es desconsuelo,
la segunda, esperanzada,
despues de la vida, nada,
despues de la muerte, el cielo.

No hay que dudar, no convida
su doctrina ¡triste suerte!
para ellos la muerte, es muerte,
para nosotros es vida!

Un católico.

CRONICA EXTRANJERA

ITALIA.

El lunes 9 del actual, despues de una misa celebrada en las tres parroquias de Milan para obtener de Dios la desaparicion de la epidemia de viruelas, se reunieron más de mil mujeres y recorrieron la ciudad cantando cánticos religiosos, terminando por postrarse al pié de la gran Cruz.

El alcalde, ciudadano librepensador que había prohibido las procesiones, creyó ver en la manifestacion femenil, aunque realizada sin la presencia del clero, una desobediencia á lo que habia dispuesto, y llevó á los tribunales á cincuenta mujeres, contra las cuales pidió el fiscal dos dias de prision y una multa. El Juez creyó castigado suficientemente el delito con la multa.

Las sentenciadas fueron vitoreadas á la salida del tribunal, y en el acto se organizó una nueva procesion más numerosa que la anterior y que recorrió las calles rezando el rosario y cantando el *Magnificat*.

FRANCIA.

Un nuevo escándalo, del que es reo el inspector de instruccion pública de Mirecourt. Este funcionario se ha permitido interrogar á los alumnos de la escuela de Vallois

acerca de lo que un sacerdote les había dicho en el acto de la confesion, respecto de la lectura de los manuales prohibidos, y si se habian acusado de ese pecado. Nada ha conseguido: los niños han procedido con la mayor discrecion. Pero á lo odioso de la conducta del inspector se añade que éste ha procedido en cumplimiento de órdenes superiores. De modo que la responsabilidad del atentado es de las autoridades.

Con este motivo, el domingo 15 el señor cura de Vallois ha leído desde el púlpito una carta del Ilustrísimo Sr. Obispo de Saint-Die ordenando que se orase públicamente «en reparacion del ultraje cometido contra la religion profanando el sacramento de la penitencia y violando el secreto de la confesion.»

¿Puede imaginarse tiranía mas repugnante y brutal? Hé ahí lo que significa en boca de los gobernantes masones el respeto á la *inviolabilidad de la conciencia*.

Pero no es esto todo.

El ministro de Cultos de la vecina República dirigió al Rvdo. Obispo de Tulle la siguiente carta:

»Paris 7 de Abril de 1883.

«Señor obispo: Acaban de llamarme la atencion sobre tres Sacerdotes de vuestra diócesis, cuyos nombres son los siguientes: M. Manssonkier, ecónomo de San Roberto; M. Frays-

se; ecónomo de Chanffor, y M. Fengeas, ecónomo de San Aulairo.

»Estos tres eclesiásticos se han comprometido gravemente con sus predicaciones y con sus actos, con motivo de la publicacion del decreto de la Congregacion del Indice de 15 de Diciembre de 1882.

»Han declarado que negarán los Sacramentos de la Iglesia á aquellos de sus feligreses que sigan leyendo ó que conserven los libros condenados en dicho decreto; han excitado á los alumnos de las escuelas municipales á desobedecer á sus maestros, y los padres fanatizados han destruido ó quemado casi todos los manuales de enseñanza en uso en estos establecimientos.

»Estos hechos que han causado en el país el mayor escándalo no pueden quedar impunes, y así os ruego separeis inmediatamente de sus cargos sin darles otros á los MM. Massonier, Fraysse y Fengeas.

»Si no tengo satisfaccion en breve plazo, si estos tres ecónomos no son separados antes del dia 15 de Abril próximo, dejarán de recibir desde dicha fecha las subvenciones anexas á su título.

»Recibid, señor Obispo, la seguridad de mi más alta consideracion.

»El guarda sellos, ministro de justicia y de Cultos, MARTIN FEUILLÉE.»

Monseñor Denechand, Obispo de Tulle, contestó en estos términos á la desdichada carta anterior:

TULLE 12 de Abril de 1883.

»Señor ministro: Me anunciais que los Ecónomos MM. Massonier, Fraysse, Fengeas, dejarán de percibir sus asignaciones desde el 15 de Abril próximo, si para dicha fecha no son separados de sus cargos.

»Tengo el honor de contestaros que estos dignos sacerdotes, universalmente estimados en sus Parroquias y en la Diócesis, han cumplido con su deber declarando que negarían los Sacramentos de la Iglesia á aquellos de sus feligreses que siguiesen leyendo ó conservasen en su poder los libros condenados por el decreto del Índice. Solo pueden administrar los Sacramentos, segun las reglas de la Iglesia, y deben necesariamente esclarecer á los fieles sobre este punto. ¿Quereis imponerles la violacion de estas reglas ó el silencio respecto de sus feligreses, que no acertarían á darse la razon de su conducta? Esto sería, contra todo derecho y contra toda lógica, hacer imposible el ejercicio de su ministerio espiritual, en el cual no puede ingerirse la autoridad civil.

»Segun testigos dignos de fé, el alcalde de una pequeña ciudad que nunca pone los piés en la iglesia, no se contenta con recoger los ecos más ó menos falsos de lo que se predica, sino que lleva su informacion más adelante que podría llevarla yo, pues que trata de penetrar los secretos de la confesion. ¡Hé aquí enormida-

des justamente condenadas por la conciencia pública.

»Añadis que estos señores han excitado á los alumnos de las escuelas municipales á desobedecer á sus maestros. Esto no es completamente exacto; han recomendado la obediencia á la Iglesia. ¿Pero quién tiene la culpa de que los alumnos no puedan obedecer á la Iglesia sin desobedecer á sus maestros? Hé aquí la famosa neutralidad de la escuela convertida en hostilidad y la libertad de conciencia convertida en opresion.

»Decis luego que los Padres fanatizados han destruido ó quemado casi todos los Manuales de enseñanza en uso en las escuelas. La admirable fé de estos padres merece mis más sinceras felicitaciones. Me permitireis, en consecuencia, que proteste contra la acusacion de fanatismo que les dirigis; la palabra es injusta, puesto que no ha habido ni pasion ciega, ni exceso de celo, sino sencillamente el cumplimiento de sus deberes de cristianos.

»En fin, los sacerdotes acusados se han limitado á seguir mis instrucciones y mis órdenes, si entre nosotros hay algun culpable, soy yo; si hay muchos, soy el principal. Mejor dicho, los verdaderos culpables, no les llamaré fanáticos, son los que violan abiertamente la neutralidad de la escuela y la libertad tan reclamada por las conciencias.

»No podreis quejaros si para nuestra justificacion publico vuestras acusaciones y mi carta; la opinion pública, la de los católicos principalmente, tiene derecho á esta comunicacion, y nuestro honor lo reclama imperiosamente.

»Recibid la seguridad de mi más alta y respetuosa consideracion.

»ENRIQUE, *Obispo de Tulle.*»—

El ódio sectario de los republicanos franceses, traspasa los límites de lo increíble.

Por si lo dicho no fuese bastante, sepan nuestros lectores que acaban de ser suprimidos los capellanes de los hospitales de Paris. Este es el mas brutal atentado contra la libertad de conciencia de los pobres enfermos; y el Excmo. Cardenal Arzobispo de aquella capital, se ha creido en el deber de dirigir una enérgica carta-protesta al Presidente de aquella República, *escándalo y espanto* del mundo civilizado.

Hay más: no contento el gobierno republicano con haber retirado su proteccion á los Misioneros franceses que son los que sostienen el predominio y la influencia de Francia en Oriente, acaba de dejar cesante, segun vemos en un diario de Paris, á M. Bourée, ministro plenipotenciario de la República francesa en Pekin, porque en el tratado de comercio que ha negociado con Corea

ha procurado obtener algunas ventajas en favor de los Misioneros franceses.

¡Y luego se declararán los republicanos franceses grandes amigos de la civilizacion y del progreso de los pueblos!

CULTOS RELIGIOSOS.

Sábado.—En la Colegial, á las siete y media, misa de la Virgen.

En Santa María, á las ocho y media, misa de renovacion.

En la Iglesia del Cármen, á las seis y media, misa de la Virgen.

Domingo.—En la Colegial, la misa conventual, á las ocho y media, con sermon á cargo de D. José Juliá.

En Santa María, á la misma hora.

En San Nicolás concluido coro el ejercicio de flores con sermon.

En las Agustinas, continúa el ejercicio de flores.

En las Capuchinas, la funcion mensual del corazon de Jesús. A las siete y media de la mañana, misa y comunion general de los asociados, y por la tarde, á las cuatro y media, el ejercicio de costumbre.

ALICANTE:

Imprenta de Antonio Seva,
plaza del Progreso, n.º 5.